

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XV

Julio de 1938

Núm. 157

Puntos de vista

Contra las malas traducciones

*L*A campaña empréndida por la Sociedad de Escritores para dignificar la profesión del traductor nos parece, como ya lo dijimos al reproducir la nota del directorio, de un subido interés.

Si el hecho de que algunas editoriales hayan editado libros europeos sin el consentimiento previo de sus autores, ha provocado tantas protestas en ciertos círculos intelectuales de Hispanoamérica, no es para nosotros de menor importancia, el que las editoriales lancen al mercado libros traducidos por principiantes, con gravísimo daño para todos. El traductor ha nacido del desborde de las publicaciones. A mayor abundamiento de editoriales, mayor afluencia de «genios» desconocidos de la traducción. Y mayor confusión en el público lector. La irresponsabilidad ha obrado como vehículo en este caso. Nadie ha perseguido—una policía intelectual sería de gran utilidad—a estos improvisados autómatas, para los cuales la obra literaria, el estilo y su calidad, no cuentan en la tarea delicada y difícil de transpasar a otro idioma la obra elaborada con sacrificio y conciencia profesional. Para realizar rápidos negocios comerciales, las editoriales no han tenido escrúpulo alguno en entregar a quienes eran intelectualmente insolventes, libros de selección. Así han salido ellos. Resulta de esta suerte una extraña paradoja: mientras por un lado el auge editorial se considera co-

mo un bien para la cultura, por el otro eso realiza un mal profundo. Insensiblemente el lector asimila una falsa cultura, puesto que se le obliga a leer un libro, cuyas páginas son ininteligibles y en las cuales los conceptos del autor andan dándose de cabezazos con la lógica.

La traducción de una obra no es función comercial. Es algo más que eso y debería quitarse de las manos de los lectores, o requisar las ediciones cada vez que se diera la voz de alarma acerca de un libro mal traducido. Se hacen campañas contra las películas inmorales, se pone el grito en el cielo, porque andan sueltas algunas doctrinas políticas o sociales revolucionarias y nada se dice o nada se hace en contra de esos desaguisados o asesinatos de cultura que son los libros mutilados o bárbaramente vertidos, que por ahí ruedan en manos de los incautos.

Y esto si que merecería una pronta y formal represión. Consideramos pobreza de espíritu e indigencia intelectual la pasividad del público para tolerar que se le estafe en sus esperanzas. Y es doloroso constatarlo: los libros mal traducidos siguen invadiendo el mercado sin que sea posible evitarlo, mientras no exista una ley o una disposición legal que autorice el requisamiento o impida, por lo menos, la circulación de esas obras. Sabemos de obras europeas de escritores ilustres, que fueron traducidas en una semana, con vertiginosa rapidez y sólo para adelantar en días a la competencia comercial establecida entre editoriales. Si recordamos que los grandes traductores europeos demoraban meses en una traducción y la cumplían con espíritu acendrado de orgullo y de amor, con delectación de artífices, estudiando minuciosamente las dificultades, para vencerlas y no saltarlas como aquí se acostumbra, podemos juzgar con espanto del valor de las que se hicieron a «espeta perros», en seis o siete días y a fin de dar lo que se llama un «golpe editorial». La expresión no puede ser más gráfica. Un golpe editorial, en el sentido en que estamos discurriendo, es sencillamente el golpe artero a la cultura. Es el puñetazo en pleno rostro a la conciencia profesional, el golpe prohibido con el

que los falsos deportistas aspiran a ganar el lauro momentáneo en la pista cercada por un público impaciente.

Este mal de las pésimas e irresponsables traducciones, es general en la América hispana. Pero esto no debe ser motivo para consolarnos. Por lo menos en nuestro país, que tiene ya lograda fama de poseer un número considerable de editoriales, hay que atender con sumo cuidado a que esta tarea se haga con escrupulosidad y decencia. Desde hace tiempo habíamos reclamado acerca de este problema. Vemos con agrado que la Sociedad de Escritores ha tomado a su cargo la campaña de saneamiento del traductor. Si las epidemias de tifus y otras, conmueven a la colectividad y se organizan brigadas sanitarias para el combate y la desinfección, no vemos por qué no pueden crearse también brigadas sanitarias intelectuales, para combatir y desinfectar el país de esos focos de irresponsables traductores, que ensombrecen, deprimen y manchan la cultura.